

AMERICANISMOS EN LA DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL PARTIDO DE PIURA

DE JOSÉ IGNACIO LECUANDA (1793)

Carlos Arrizabalaga
Universidad de Piura
carrizab@udep.edu.pe

Resumen

El artículo explora el léxico diferencial peruano del siglo XVIII presente en una relación típica de la Ilustración, que ofrece numerosos términos patrimoniales e indoamericanismos peculiares de diversos orígenes. Se recogen aquí los términos relativos a la fauna de la región norte peruana, caracterizada por una geografía extrema que presenta numerosas especies endémicas que han conservado voces autóctonas junto a denominaciones quechuas y mochicas y, por supuesto, castellanas, que muestran una especie de estratigrafía léxica de la historia lingüística de la región.

Palabras claves:

Americanismo, Perú, Ilustración, Quechua, Mochica, Tallán

Abstract

The article explores the Peruvian differential lexicon of the XVIIIth century, present in a relationship typical of the Enlightenment that offers a large patrimonial vocabulary and peculiar Indoamericanisms of different origin. Terms collected here relate to the fauna of the northern Peruvian region, characterized by an extreme geography that presents many endemic species which have kept autochthonous words, besides Quechua and Mochica denominations and, of course, Spanish ones, that show a sort of lexical stratigraphy of the linguistic history of the region.

Key words:

Americanisms, Peru, Enlightenment, Quechua, Mochica, Tallán

0. Introducción

Desde que Manuel Alvar se ocupara de los americanismos registrados en la *Historia* de Bernal Díaz del Castillo (1970) han sido muchos los esfuerzos dirigidos a dilucidar la procedencia y difusión de las peculiaridades léxicas americanas en las crónicas y otros textos del siglo XVI y, en menor medida, del XVII. También son frecuentes los trabajos dedicados a la aparición de americanismos en la literatura republicana, especialmente la del siglo XX; en concreto, los que José María Enguita (1988), Cecilia Hare (1989) o Milagros Aleza Izquierdo (1992), llevaron a cabo sobre Vargas Llosa, Manuel Scorza y José María Arguedas, respectivamente.¹ Pocos son los trabajos, en cambio, que se han dedicado a ese extenso periodo que sirvió de “puente” entre la incorporación y el uso actual de este vasto léxico, y nuestro trabajo se dedica, precisamente, a investigar los americanismos presentes en una serie de descripciones realizadas a fines del siglo XVIII en torno a las provincias norteñas del Perú. Creemos necesario buscar un conocimiento más preciso y claro de la evolución del español americano a través de textos que revelen su situación en el periodo inmediatamente anterior al “tránsito” hacia la emancipación americana.²

Nuestro análisis no solamente aborda el léxico presente en el corpus seleccionado, sino también constata la presencia o ausencia de los términos (y otros vinculados) en repertorios actuales, para comprobar su vitalidad y posible evolución.

1. Lexicografía regional

En el léxico piurano se encuentran muchas peculiaridades, que han merecido la dedicación de diversos estudios. Además de los diccionarios de Esteban Puig (1985 y 1995) y de Edmundo Arámbulo Palacios (1995), encontramos las papeletas lexicográficas publicadas por don Carlos Robles Rázuri en el diario *El Tiempo* de Piura en 1982-84 bajo el título *La lengua de los piuranos*. No son diccionarios rigurosamente lingüísticos: Robles Rázuri es más bien costumbrista, Esteban Puig se interesa por el folklore regional, y el trabajo de Edmundo

1. Ver Lapesa (1996: 286-189).

2. Es el momento final del periodo que Guillermo Guitarte (1983) denominó de “floreamiento” o consolidación de la sociedad colonial, en el que el español americano fue desarrollando sus caracteres esenciales.

Arámbulo es más bien enciclopédico. Ambos muestran verdadero interés (más etnográfico que dialectológico) por consignar numerosos piuranismos léxicos, aunque no lo hacen con un aparato lexicográfico apropiado ni suficiente rigor. Olvidan piuranismos como *bodoque* o *algarrobina*, suelen prestar mayor atención al habla rústica y a términos a menudo anticuados, ninguno anota la categoría verbal ni la morfología de las voces (no se aclara, por ejemplo, si el término tiene género masculino o femenino), solamente en alguna ocasión se menciona un posible origen etimológico, a veces errado, y no se hace referencia a la vitalidad de las voces, no pocas en desuso.³

En un país en el que irrumpió la sociolingüística sin que se hubiera desarrollado propiamente la dialectología, Piura goza de un estatus privilegiado por la cantidad de trabajos que se le han dedicado. Pedro Benvenuto Murrieta presta notable atención a Piura y seguramente fueron abundantes las referencias léxicas que le proporcionara a este respecto Hildebrando Castro Pozo, que lamentablemente quedaron a la espera de un diccionario todavía inédito.⁴ La primera descripción del dialecto (principalmente del vocabulario) piurano pertenece a Martha Hildebrandt (1949), como un temprano “ensayo de dialectología peruana”. Fue presentada como tesis doctoral bajo el título: *El español de Piura*, en San Marcos en 1949.⁵ Estudia el enclave formado por Piura, Paita y Sullana, sin prestar atención a las provincias serranas. Considera, en general, que Piura es una región “aislada” con un habla dialectal “de tipo castellano”, “bastante uniforme”, en la que se percibe una “considerable proporción de arcaísmos”, y una influencia de las lenguas aborígenes “considerable en el vocabulario” (57). Se trata, en general, de un habla muy conservadora, puesto que observa “rezagos, aunque muy débiles, de voseo”. Martha Hildebrandt observaba muy atinadamente que, frente al aislamiento que vive Piura con respecto a Lima, existía un gran intercambio comercial con

3. Esteban Puig recoge *coi*, ‘llama’ (*BDFP*, 77), porque la registra Fernández de Oviedo, pero es un indigenismo histórico (más probablemente mochica que tallán), pues las llamas se extinguieron rápidamente en todo el norte peruano.

4. Los materiales lexicográficos de Benvenuto verán la luz probablemente en formato electrónico (Vargas 2004).

5. La parte correspondiente al léxico de esta tesis apareció en forma de artículo, en el que hay que lamentar que los términos se consignen en mayúsculas y no se señale con tilde la acentuación correspondiente (Hildebrandt 1949). El texto de la tesis puede consultarse en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos en Lima.

Ecuador, del que “se interfiere un intercambio cultural intenso”. En 1974 un grupo de investigadores del INIDE publicaron otra descripción del habla piurana tal vez más completa, aunque se basa en un corpus de habla infantil (Rojas, Minaya, Mendoza y Miranda 1974).

2. La Descripción de Lecuanda

El presente trabajo procura explorar las peculiaridades léxicas que aparecen en la “Descripción geográfica del Partido de Piura, perteneciente a la Intendencia de Trujillo”, que publicó el bachiller José Ignacio Lecuanda en el *Mercurio Peruano*, en julio y agosto de 1793.⁶ Lecuanda era un funcionario español, sobrino del obispo Baltasar Jaime Martínez Compañón,⁷ a quien, al parecer, acompañó en su conocida visita pastoral a lo largo del extenso obispado de Trujillo entre 1782 y 1784.⁸ En la sociedad virreinal fungía como contador de la Real Aduana y Consultor de la Sociedad Académica de Amantes de Lima en el ramo de la Real Hacienda, la misma que editaba desde 1790, precisamente, el *Mercurio Peruano*. Lecuanda llegaría a publicar 47 notas de información sobre variados temas en este periódico en el que, según rezaba el “Prospecto” fundacional, “merecerán un lugar de predilección las noticias de este Reino”, es decir, del Perú (Clement 1997: 58).

Su descripción contiene numerosos indoamericanismos, junto a nombres patrimoniales aplicados a designar plantas y animales muy variados, por lo que recoge abundante información lingüística de gran interés para el estudio del español peruano del siglo XVIII. Principalmente, junto a indigenismos bien conocidos guardan un interés particular ciertos localismos quechuas, y algunos términos presumiblemente tallanes.

6. Son los números 263 al 270 de los días 11, 18, 21, 25 y 28 de julio, 1 y 4 de agosto de 1793, y ocupan en forma discontinua las páginas 167 a 229 del tomo VIII de la edición facsimilar de 1965. Citamos entre paréntesis indicando el número del volumen y la página. Hemos preferido actualizar la ortografía del nombre propio de este autor, quien suscribió su trabajo rubricando Joseph Ignacio Lequanda.

7. La extensa obra científica preparada por este obispo, que consta de mapas de las ciudades y dibujos de plantas, animales y oficios de su obispado, incluye un conocido vocabulario de las lenguas del obispado (1985, II: 4).

8. Por lo menos se valió de las “preciosas indagaciones” realizadas por el Obispo, según declara en la “Continuación de la Descripción geográfica de la Ciudad y Partido de Trujillo”, *Mercurio Peruano*, 249, 23-V-1793: 53). Martínez Compañón por esos años había asumido el obispado de Santa Fé de Bogotá.

Al hablar de lenguas tallanes, nos referimos a las lenguas *sechura*, *colán-catacaos* y *olmos*. En la sierra piurana los incas habían hecho desaparecer casi totalmente, mediante desplazamientos masivos de población, las lenguas de los guayacundos de Ayabaca y Caxas, de etnia jíbara, y los naturales de Huancabamba,⁹ en ese mosaico lingüístico (del que hablaba José de Acosta) que componía el Imperio Incaico, cuya política asimilatoria impuso el quechua como koiné supranacional,¹⁰ tal como describe Agustín de Zárate en una de las informaciones más tempranas sobre la realidad lingüística del norte peruano:¹¹

Divídense en tres géneros todos los indios destos llanos, porque a unos llaman yungas, y a otros tallanes y a otros mochicas; en cada provincia hay diferente lenguaje, caso que los principales y gente noble, demás de la lengua propia de su tierra, saben y hablan entre sí todos una misma lengua, que es la del Cuzco. (1995: 39).

A resultas de diversos desplazamientos poblacionales, a la llegada de los españoles el quechua estaba fuertemente implantado en la sierra y existían bolsas de población mochica, seguramente mitimaes implantados por los incas,

9. Dice Cieza de León que el Inca “por los Bracamoros entró e bolvió huyendo porque es mala tierra aquella de montaña; en los paltas y en Guancavambo, Caxas, Ayavaca y su comarca tuvo gran trabajo en sojuzgar aquellas naçiones porque son velicosas y robustas y tuvo guerra con ellos más de çinco lunas; mas al fin ellos pidieron la paz y se le dio con las condiciones que a los demás” (1986: 163). Salinas de Loyola (1571) tiene gran estima por los naturales de la sierra: “son muy bien agertados y de buen entendimiento y pulicía” (1965, II: 42). Reginaldo de Lizárraga distingue simplemente “los indios de los llanos y de la sierra” (1968: 10). Lecuanda, por su parte, señala: “adonde más se nota esta variedad es entre los de los Valles y los de la Sierra: aquéllos son sumamente cultivados, porque sus pueblos se frecuentan mas por los Españoles comerciantes; pero éstos, que carecen de la continua comunicación de ellos, son mas rústicos, y de operaciones más bárbaras y groseras (264: 175). Hocquenghem habla de una “fuerte aculturación andina” (1990: 49) sobre una población nativa de *guayacundos*, repartidos en tres provincias: *calvas*, *ayabacas* y *caxas*, de la misma ascendencia jíbara que los *paltas* del sur de Ecuador, y con distinta lengua y cultura que los *guancabambas* y *bracamoros*, respectivamente al sur y al oriente de los primeros (Hocquenghem 1990).

10. Hernando de Santillán imagina un pasado oscuro, dividido y violento: “antes quellos comenzasen a señorear no había esa orden ni policía (...) y desta causa no había comercio ni comunicación alguna entrellos; y en cada valle había su lengua distinta de la del otro” (1968: 104).

11. Ver Torero (1986) y Cerrón-Palomino (1995 y 2004). Los primeros trabajos se deben a Zevallos Quiñones (1948), Rivet (1949) y Ramos de Cox (1950).

en la zona de Huancabamba y Frías, según testimonio de Fernando de la Carrera en 1644 (Mendoza, 1993: 82). Asimismo un contingente de “mitmas huayacuntu” fue enviado a Quito, favoreciendo seguramente la extensión de algunos rasgos de quechua norteño (Espinoza Soriano, 1975; Cerrón-Palomino, 1987: 344)

Lecuanda es un ilustrado que se muestra perfectamente consciente de la compleja realidad lingüística regional. Entre los españoles, el idioma general “es el romance”, mientras los naturales conservan una sorprendente variedad “digna de admiración” de idiomas:

Los más de los Pueblos, aunque sean confinantes o cercanos, tienen su diferente language, guturación y distinciones, que aun los que no los entienden, lo conocen al oírles hablar. (264: 175).

El quechua, que se extendía “desde Quito en la línea occidental hasta la dilatadísima provincia de Chile”, al decir del jesuita José de Acosta (1588), debió ser pronto sustituido por el castellano en la región costera, tal vez utilizado sólo por los principales de cada etnia, pues cada una mantenía en el uso familiar, hasta fines del siglo XVIII, la diversidad que también destacaba Acosta: “apenas hay valle de una cierta extensión que no tenga su propia lengua materna” (Cerrón-Palomino 2005). En cambio, en la sierra se mantuvo con cierta vitalidad el quechua hasta el siglo XIX, aunque en la actualidad subsiste un centenar de quechuablantes en Huarmaca, cuya variedad parece tener las mismas características del quechua de Ferreñafe.¹²

Lecuanda, hombre de su época, trata de poner de relieve las riquezas naturales de la región para así favorecer su prosperidad con las luces del conocimiento. Expone su descripción con un orden completamente racional, comparando frecuentemente las realidades observadas con otras similares que él conocía de la Península, como cuando habla de “una yerba conocida por el nombre de Lito, que es la barrila de que en Europa hacen los vidrios” (263: 169), o señala que en los ríos de Piura “no se conocen los barbos, las truchas, las anguilas y otros peces, que son comunes en los ríos de la península” (267: 201).

12. Datos de Chirinos Soto sobre el censo de 1993 (1998: 479). Rudy Mendoza, a partir de un documento de 1727, postula que serían mitimaes procedentes de la sierra central (1993: 81). Anne Marie Hocquenghem (1990) menciona la presencia de otro grupo de mitimaes procedentes de Zamora en el pueblo de San Francisco de Cumbicus, anexado a la doctrina de Frías, que hablaban el quechua de los cañaris.

3. Análisis del corpus

En torno al léxico regional de fauna que recoge Lecuanda en su descripción de Piura, interesa averiguar, en la medida de lo posible, el origen etimológico de los términos y su vitalidad actual, para lo que contamos con el trabajo temprano de Martha Hildebrandt, el vocabulario de las lenguas tallanes recogido por Josefina Ramos de Cox (1958),¹³ así como los diccionarios arriba mencionados y otros repertorios lexicográficos del ámbito nacional y americano. El texto de Lecuanda manifiesta “un español americano dotado de marcados relieves regionales y socioculturales, con plena personalidad lingüística, por consiguiente, en la etapa final del periodo colonial”, como señala Juan Antonio Frago (1999: 209). Este nuevo expurgo documental puede aportar alguna luz a la historia del español americano incidiendo en un léxico que esconde aún muchos secretos en sus numerosas peculiaridades.¹⁴

No trataremos aquí los diversos topónimos registrados (*Morropón*, *Amotape*, *Tangarará*), que merecen todavía un estudio específico, aunque no cabe duda de su interés (por ejemplo, cuando menciona la laguna *Mamayoco* o *Guarinja*). Nuestra atención se dirige a las numerosas denominaciones de fauna y flora consignados por Lecuanda, quien se propone de esta manera ayudar a “su mejor cultivo y beneficio” (263: 168).

Baste mencionar el empleo de algunos americanismos de uso general, como *maíz* (DEA, 386) y *mote* (DEA, 436): “maíz molido que llaman mote” (264: 176), o *chicha* (DEA, 183): “nunca carecen de chicha, que es una agua común fermentada con maíz y miel de caña” (264: 175), respectivamente de las lenguas antillanas, del quechua y probablemente del cuna panameño. Parece en desuso, según Hildebrandt (EP, 271), el americanismo *casimba*: “cuya falta les obliga a formar casimbas, a donde recogen el agua precisa para su abasto” (263: 286), de origen africano en opinión de Esteban Pichardo, que Arona menciona como ‘cisterna a que apelan los

13. Recopila los pocos términos tallanes documentados por el obispo Martínez Compañón y por Paul Rivet, junto con indigenismos incorporados al español regional y un buen número de topónimos y antropónimos.

14. Frago señala al final de su trabajo: “Muchísimos más americanismos léxicos cabría consignar aquí” (1999: 239).

industriosos piuranos'.¹⁵ Particularmente interesante es *potrero* 'finca para la cría de ganado', americanismo hoy poco usual en el resto del Perú, aunque se consigna todavía como 'terreno urbano cercado' (*DDP*, 329; *VP*, 243), pero usual en la zona serrana de Piura: "tiene extensos y abundantes potreros" (170: 226), aunque no lo mencionen los repertorios regionales. Un arcaísmo todavía vigente en Piura es *arriero* "es caudal crecido lo que por esta parte disfrutaban aquellos arrieros" (270: 226; *DP*, 19). No necesita explicación *periquito*: "Hay otros menores de color verde solo, ó con una manchita amarilla baxa, ó pagiza (sic) en la cabeza, que se parecen a los llamados *Periquitos* en el Reyno de Santa Fé, é Islas de Barlovento" (266: 193).

No son escasos, realmente, los términos relativos al reino vegetal. Tras mencionar los cultivos "de melones, sandías, calabazas, arbustos de algodón, flores y yerbas" (264: 168), hay una mención de los antillanismos *yuca*: "buscan por el olfato unas raíces que llaman yucas de monte" (264: 170), *cacao* (270: 229) *bejuco* y *tabaco* "siendo el bejuco de Guayaquil el mejor de los específicos (sic), aunque tambien (sic) ataja, y sana la oja (sic) del Tabaco" (265: 184; *DP*, 26: *bejuco*), el azteca *camote* (270: 228), y un único término de origen incierto, probablemente tallán: "una yerba conocida por el nombre de Lito, que es la barrila de que en Europa hacen los vidrios" (264: 170). Este *lito* (*sesuvium portulacastrum* L.) es una hierba silvestre de la familia de las aizoáceas, común en el desierto de Sechura (su hábitat se extiende hasta los 1000 msnm) que se aprovechaba antiguamente en las tinas de jabón (*T*, 25; *BDFP*, 134). Parece tener uso medicinal (Brack, 1999). También se mencionan los árboles (muy distintos de los europeos) de *algarrobo* (*BDFP*, 31; *DP*, 10): subrayando la "sólida y fuerte madera del Algarrobo" (270: 223), *roble*, *cedro* y el *guachapelí* (270: 223), comunes con la zona amazónica (*VP*, 151),¹⁶ además del cultivo de la *casçarilla* (muy

15. Según afirma Juan de Arona (*DDP*, 125). El término es conocido en las Antillas, Argentina y Perú, según Morínigo: "Excavación en la orilla del mar o márgenes de ríos y arroyos para obtener agua potable por filtración" (*DEA*, 99). Miguel A. Ugarte Chamorro lo registra como piuranismo (*VP*, 74), tal como lo recogen Hildebrandt (*EP*, 271), Puig (*BDFP*, 58) y Arámbulo (*DP*, 46).

16. Mientras que el *algarrobo* es árbol propio de Piura (*BDFP*, 31; *DP*, 0).

usada por sus propiedades febrífugas) y el *añil* (270: 225; *DEA*, 289). El término azteca *huachapelí* (*albizia longepedata*) designa aquí un árbol silvestre de los bosques secos del noroeste, de la familia de las mimosáceas. Su madera se utiliza para hacer artesanías. Es muy común en Ecuador (Brack, 1999). Origen incierto tiene *yupisín*, “especie de engrudo de la baina muy jugoso” (268: 208), que se extrae del algarrobo y se espesa con harina de maíz para obtener un jugo dulce o una mazamorra (*EP*, 270; *BDFP*, 231; *DP*, 303: *yupicín* o *llupicín*). Lecuanda recoge otros muchos términos relativos a árboles y plantas aprovechables.

En el campo de la vestimenta encontramos *mantas*, *camisas*, *lonas*, *bayetas*, *paños*, *manfores* (*¿mantones?*), *carros de oro* (‘tela tornasolada, muy fina, de lana’), *chamelotes* (‘tela gruesa impermeable’, es galicismo de la época), *zarazas* (‘tela de algodón de vistosos colores de flores, procedente de China’), *tafetanes* (‘tela delgada de seda, muy tupida’) “dobles y sencillos”, *anafallas* (‘tela de algodón o de seda’), *medias* “de hombre y de muger (sic)” (270: 225), *redecillas*, *gorros*, *pañuelos* (*piñuela* ‘tela o estofa de seda’), *espolines* (‘cierto género de tela de seda’) “de diversos colores” (270: 228) y otros efectos de Castilla. Entre los efectos del país son dignos de mención el quechua *anaco* (“especie de túnicas que usan las Indias en sus trages” (270: 225, *DDP*, 73) y el antillano *tocuyo* (“mucho lienzo de algodón (sic) de Cuenca y Loja, a que llaman *Tocuyos*” (270: 228), tomado del nombre de una ciudad venezolana (*DPer.*, 517; *VP*, 268), aunque Juan de Arona lo vinculara al quechua *cuyu* ‘torcer hilo con las manos’ (*DDP*, 371). El primero prácticamente es un indigenismo histórico (*DEA*, 37), mientras que el segundo es común en el Perú, aunque Morínigo dice que es término anticuado (*DEA*, 667).

De origen incierto es *pita* (junto a *pitilla*), ‘hilo que se obtiene de una planta amaridilácea oriunda de México’ (*DDP*, 323), americanismo que ya recoge Covarrubias en su *Tesoro* (Lope Blanch, 1977), y es término académico desde 1773. Morínigo piensa que es término antillano (*DEA*, 532). En el puerto comercian *suelas*, *cocos* y *escobas*, además de *piñuelas*, ‘tela o estofa de seda’ y *alfajías* (que aparece como *alfagías*), arabismo meridional mencionado por Lecuanda (270: 229) con el sentido que se conserva en el oriente peruano de ‘madera para hacer puentes’ (*VP*, 24), y no en el que registra el *DRAE* ‘madera para puertas, ventanas y techos’ (2001: 103).

4. Americanismos patrimoniales

En verdad son muy numerosos los nombres de animales, sobre todo pájaros y peces que recoge Lecuanda. Su curiosidad al respecto no debe extrañarnos: “El bosque seco del noroeste, dice Antonio Brack, es una zona endémica de 3 mamíferos, 6 aves y 10 reptiles.” Es una de las zonas de mayor endemismo en el mundo, por lo que se explica fácilmente que Lecuanda, como hombre ilustrado de su época, se detuviera a observar su fauna típica. Realmente desde el momento en que llegaron a estas costas, los españoles se admiraron de la diversidad biológica de las regiones equinociales, como se muestra en el testimonio que recoge Fernández de Oviedo:

Hay muchos pavos e tórtolas, e anadones o patos; e muchos ciervos, e ovejas de las grandes e otras menores. Hay tigres; e muchos e buenos pescados, e aves de mar. (1959, V: 93).

Lecuanda principia por describir el tapir: “trataré del llamado Danta por unos, Ante por otros y más comúnmente la Gran Bestia” (264: 179; *DEA*, 209; *DRAE*, 725), especie propia de la región amazónica (*VOP*, 85), conocida comúnmente en el Perú como *sachavaca* (en la sierra piurana se sigue denominando *bestia*, aunque los repertorios no lo consignent; mientras que *danta* es todavía conocido en Venezuela). El término guaraní *tapir* sería, pues, de reciente introducción en la costa y sierra del Perú, frente a los americanismos patrimoniales mencionados. Otro término patrimonial es *sagino* (de *zaíno*, ‘falso, mezquino’, con variación gráfica debida al seseo y consonante antihiática): “El Sagino, que también se conoce por los nombres Chancho, Paquira y Jabalí, es el animal montaraz (sic) más abundante que tiene este partido (...). Es su figura como la de un pequeño cerdo” (264: 179). El americanismo parece conservarse dentro del Perú sólo en el oriente amazónico (*DEA*, 609; *DPer.*, 475; *VP*, 267; *VOP*, 157).

Parece anticuado el término *lucerna*, ‘luciérnaga’ (266: 195). De origen incierto es *papayago*: “Se conocen los Papagayos, especie de Loros, pero de igual variedad y vivos colores que éstos” (266: 191; *DEA*, 481).

Junto a términos comunes: *caballos*, *mulas* y *burros*,¹⁷ vemos muchas palabras castellanas que designan animales americanos, mamíferos como *oso*

17. No consigna el piuranismo *piajeno*, tal vez creado con posterioridad, aunque no por composición de *pie ajeno*, como suele pensarse como etimología popular (Puig, 1995: 176; Arámbulo, 1995: 219), sino más probablemente por derivación de *piojo*.

hormiguero (DEA, 463), *tigre y león* (264: 178; DEA, 364 y 658), *chancho y jabalí* (264: 179), *venado* (264: 180; DEA, 700), *ardilla* (264: 181), *gato montés*, *leopardo* (264: 182),¹⁸ *lobo marino* (267: 200) y *lobitos* (267: 201). Entre los crustáceos menciona *langosta*: “La langosta es una especie de Camaron (*sic*); tiene una concha, la que muda como las Cucarachas” (267: 201); y consigna insectos como *mariposa*, *araña*, *abeja* y *hormiga*, la serpiente *coral* (265: 184; VOP, 68; BDFP, 80; *coralillo* en VP, 107) y el *camaleón* “que muda tantos colores quantos son sus afectos” (265: 183).¹⁹ Entre las aves habla de *perdices* de dos clases: “grandes en la sierra y menores y raras en la costa” (299: 191): hoy subsiste una sola especie, *Crypturellus transfasciatus*, endémica (Brack, 1988: 104), y *halcones*: “Críanse Alcones (...) su canto es un silvido (*sic*) como el del Gavilán” (166: 192), además de numerosos peces: *bagre* (“El Vagre es un pez sin escama, de color azul en el lomo, y blanco en la barriga” (266: 196),²⁰ *ballena*, *anchova* (“Así como en aquella mar se mantienen de la Sardina, en esta del Sur se sustentan de la Anchoba”),²¹ *tintorera*, *pez espada*, *pez sierra*, *golfin* (‘delfín’) (266: 197); *perico*, *gallo*, *jibia* (266: 198); *pez volador*, *pámpano* (‘pez del mar Caribe’, según Morínigo (DEA, 477)), *dorado* (266: 199), y *róbalo* (266: 201). Morínigo consigna este último en Costa Rica y México como pez de agua dulce, y en Chile como pez marino (DEA, 599). La mayoría de términos designan especies similares de la Península, salvo *pámpano* y *perico* (no aparecen en ningún repertorio, aunque mantienen su vitalidad hasta el día de hoy).

En ocasiones la denominación se compone mediante una especificación compositiva, como en *araña de la seda*: “produce este País entre sus

18. Menciona también los *raposos* en masculino (164: 182), remitiendo a la descripción que había publicado con anterioridad de Trujillo, donde señala que “en la América llaman comúnmente *Zorros* “ (*Mercurio Peruano*, 249, 23-V-1793, 52). Estos siguen siendo numerosos en la actualidad, pero parece que tigres y leones perviven solamente en espacios naturales protegidos de la costa norte.

19. Esteban Puig recoge como denominación regional de serpiente el término *dormilona* (BDFP, 97).

20. Lenz le suponía un origen antillano, pero Corominas le da un étimo catalán (Morínigo, 1996: 67). Lo recoge Arámbulo (1995: 25) y es voz común en el Oriente (Ugarte, 1997: 42; Tovar, 1966: 43). Al parecer, en el argot o “replana” puede calificar a la mujer descuidada o fea (Álvarez, 1990: 74).

21. No se menciona, sin embargo, *anchoveta*, que Arona recogera en su suplemento (DPP, Supl. IX).

rarezas la Araña que llaman de la seda, y la da en su capullo, aun más suave que la de Valencia” (266: 195), y *hormiga real*: aunque en Piura es rara, en la Montaña es abundante: su picadura es tan activa, que levanta una fiebre recia que dura 24 horas” (266: 195).²²

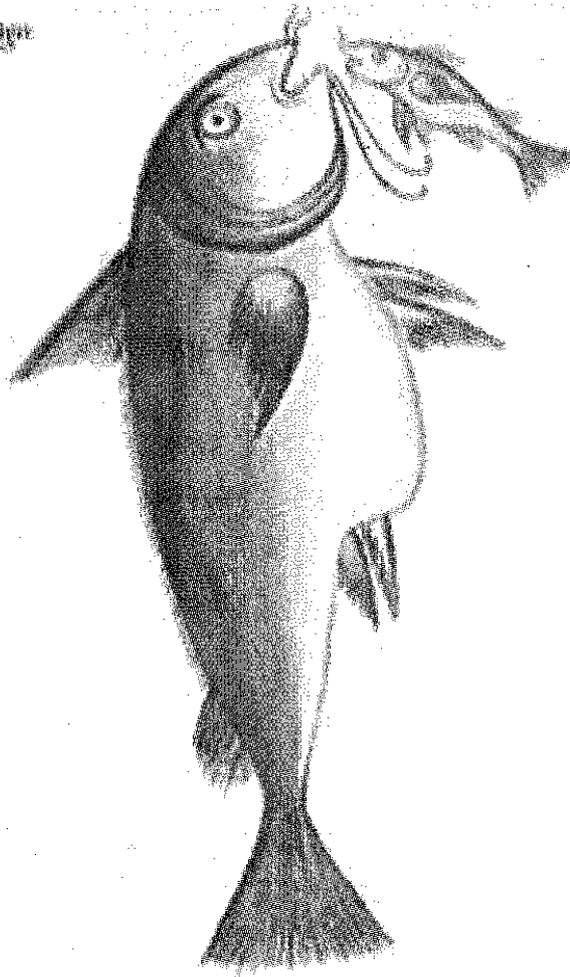
Los animales autóctonos reciben a menudo denominaciones creadas por derivación de bases castellanas: “El *leñatero* es un gusano que produce seda (...) abunda más en las montañas” (265: 184), “tienen un moscón, a que llaman el *avisador* los cazadores” (266: 193), y *ovejilla*: “la Hormiga Real, que conocen por el nombre de Ovejilla” (266: 195). Es frecuente encontrar este procedimiento en nombres de peces: *vínculas* “que llegan a tres y quatro varas de largo” (266: 197); *berrugate*, “es pez de escama, que crece hasta una tercia” (266: 197); *pulgal*: tiene una carne delicada”, (266: 197); *corcovado*: “El pez a quien le dan el nombre de *Corcobado* (sic), tiene una carne muy gustosa, cubierto de escama de un color blanco dorado” (266: 198), y *preñadillas*, ‘pez de agua dulce’ (267: 201).²³ Por composición se crea *pico gordo*: “es volátil que siempre anda en bandadas” (166: 194). También aparecen algunos términos locales mediante cambios semánticos, como el pájaro llamado *predicado*, “que en

22. En su descripción de Trujillo, además de mencionar que *bueyes, carneros, cabras, asnos* y *caballos* se han ido propagando “con abundancia” y se conocen los “Conejos de Castilla”, menciona también el *leopardo*, el *gato montés*, el *león*, el *tigre*, el *oso hormiguero*, y hay explicaciones prolijas del animal “conocido en estas Indias por *hediondo*” (también llamado *zorrino*, parecido a la mofeta. El término lo registra Morínigo en Argentina. *DEA*, 311), del *hurón*: “El Uron, que abunda en los Valles y la Sierra, es una especie de Zorrillo” (*Mercurio Peruano*, 249, 23-V-1793, 55), del casi fabuloso *carbunclo* (“quadrúpedo, nocturno y admirable” (*Mercurio Peruano*, 249, 23-V-1793, 56) y del *tejón* (*Mercurio Peruano*, 249, 23-V-1793, 59. Morínigo solo lo registra en México (*DEA*, 649)). En Trujillo observa también *lucernas* y diversas aves: *bandurria* (‘ave acuática del orden de las zancudas’, en Río de la Plata. (*DEA*, 71)), *pájaro niño*, *garza*, *arrocero*, *gallineta*, *pato real*, y otros, así como numerosos peces: *peje-sapo*, *corbina* (sic), *chita*, *pejerrey*, *caballito*, *emperador*, y otros. En su descripción de la ciudad y partido de Lambayeque menciona también un buen número de peces: *tambor*, *congrío*, *guitarra*, *gato*, *róvalo*, *raya*, *sardina*, *jurel*, *dorada*, *rape*, *puñal*, *perico*, *bonito* y *pescadillo*, y los pájaros: *zorzal* (con la confusión de sibilantes: *sorsal*) y *cernícalo* (*Mercurio Peruano*, 286, 29-IX-1793, 66-68)

23. En la descripción de Lambayeque también recoge nombres de peces creados por estos procedimientos: *peixe blanco*, *azote*, *negrita*, *angelota*, (*Mercurio Peruano*, 286, 29-IX-1793, 67).

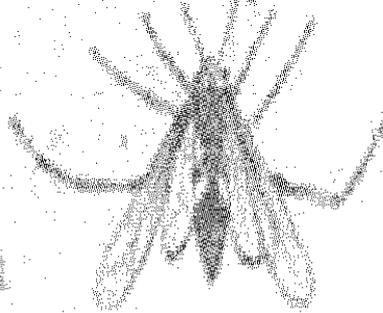
Bagre

103



Bagre

D. Avispa



E. Murrucui

F. Chucarumba

Murrucui, Avispa, Chucarumba (Fragmento)



la montaña llaman *pincha*” (265: 186) o las serpientes “que difieren en la pinta, a que llaman *bobas*, que ni embisten ni su ponzoña es activa”.²⁴ Un término patrimonial de origen incierto es el conocido *tollo* (*DRAE*, 2189) “parecido al cazon”, dice Lecuanda (265: 196). La mayor parte de los términos, sin embargo, no aparecen en los repertorios actuales, que aparecen como creaciones ingeniosas pero han quedado en desuso.

5. Indoamericanismos

Son menos numerosos los indigenismos que nombran distintas especies animales. Se ha mencionado *paquira* (264: 179), que es con seguridad variante de *báquira*, voz caribe que designa al puerco salvaje o *pecarí* (voz guaraní), que los españoles llamaron *sáino*, aunque no se registra en el Perú ninguno de estos dos términos, sino la forma *sagino* ya mencionada, salvo en la zona amazónica (*pecarí de collar*: *VOP*, 157).²⁵ Podría ser un caso de léxico cultural compartido por las lenguas arahuaco y guaraní, cuya posible relación o similitud tipológica se ha pretendido probar en más de una ocasión (Tovar, 1997: 261-264), que se ha extendido a otras zonas con sus correspondientes modificaciones fonéticas.

Del quechua parece provenir *huangana*,²⁶ que Lecuanda menciona con la forma *haugana*, especie de jabalí de mayor tamaño y “de casta diferente a que llaman *haugana*, el ombligo a un lado del espinazo” (264: 179).²⁷ No lo recogen los repertorios regionales, pero es muy común en la Amazonía,

24. Se emplea también en las Antillas: “grandes culebras, de las que llaman *bovas*” en Pedro de Aguado (1916, I: 780).

25. Morínigo recoge también los términos *vaquiro*, en Colombia y Venezuela (*DEA*, 698), *vaquira* en Colombia, *váquira*, en Venezuela, y *begare* (*DEA*, 497). Fernández de Oviedo explica: “Muchas e grandes manadas de puercos hay naturales en la Tierra Firme; y en Castilla del Oro, en la provincia de Cueva, los llaman *chuche* e los indios en otras provincias lo llaman *báquira*” (1959, II: 45)

26. Se registra, según el *Vocabulario Políglota*, en el quechua de Ancash, pero no lo recoge González Holguín ni se registra en los demás dialectos quechuas.

27. Vitold de Szyszlo distingue en la Amazonía dos clases de jabalíes: “los grandes, llamados *huanganas*, y los pequeños, llamados *sajinos*”. Sus nombres científicos son *Dicotyles labiatus* y *Dicoteles torquatus*. Por otra parte, menciona el tapir (*tapirus americanus*) y sus dos variedades, una parda y otra rosada: llegan a pesar 300 kilos y “es el animal terrestre de mayor tamaño en la selva” (1955: 337-338). En Jaén se le conoce como *pinchaque* o también *gran bestia*.

pues incluso ha producido el derivado *huanganero* ‘el experto en la caza de huanganas’ (*VOP*, 105; *Dper*, 278; *VP*, 162). Morínigo recoge *guangana* (*DEA*, 294).

También es quechua *taruga* (*Cervus antisiensis*, *DEA*, 646; *DPer.*, 507; *VP*, 283): “Las tarugas que son una especie de venados con solo la diferencia que en la cornamenta cría pelos”, dice Lecuanda.²⁸ Añade que tienen pelaje rojo oscuro y orejas blandas y caídas, son propias de los Andes y “siempre andan en crecido número juntas” (264: 180). Esta variedad de venado colorado (*Mazama americana*) es hoy muy escasa, frente al venado gris (*Odocoileus virginianus*) que es más abundante (Brack, 1988: 104). Es término conocido en la región andina del Perú, pero no en la costa, como ya señala Lecuanda en su descripción de Trujillo: “Se encuentran abundantes los Ciervos, que en estas Indias se llaman *Venados*” (*Mercurio Peruano*, 249, 23-V-1793, 51). Tampoco recogen el quechuismo los diccionarios de Puig ni de Arámbulo.²⁹

Particularmente interesante es el caso de *pacran*: “que es un animal poco mayor que un gato”, vive en cuevas preferentemente en la región andina “adonde es abundante este cuadrúpedo, a que llaman *Alpachala*, que en nuestro idioma significa tigre gallinero” (264: 182). El término *pacran* es de origen incierto, mientras que *alpachala* es netamente quechua: *wallpa*, ‘gallina’, y *chalay*, ‘agarrar’. La traducción que recoge Lecuanda es equívoca, pues no se trata de un felino, sino de un roedor de dientes filudos. El término *pacran* o mejor *pacrán*, tiene indudable relación con *pacarana* (*Dinomys branickii*), y con *paca*, como también se conoce el *majaz* (*Coelogenys gregaria*), que son roedores carnívoros descritos hoy en la región amazónica.³⁰ Tampoco los recogen los repertorios regionales. Puig recoge la denominación quechua (con diminutivo castellano) *chucurillo*,³¹ especie de comadreja “de la serranía huancabambina”, con

28. En González Holguín: “*Taruca*. Ciervo con cuernos de aspa” ([1608] 1989: 470).

29. Esteban Puig recoge *gautupilla* ‘venado de un solo cuerno’ que parece ser un término histórico o incluso mítico: “Los antiguos tallanes lo tenían como dios y totem”. También registra *guaucáu*, ‘venado colorado’ (*BDFP*, 115).

30. Son términos quechuas *paca* ‘águila’ y *pacapaca* ‘lechuza’, que no es desconocido en la región (*BDFP*, 164).

31. González Holguín recoge: “*Chumpi chucuri* o *achocalla*. Comadreja de color castaño. *Paccochucuri* o *acho calla*. La comadreja vaya” ([1608] 1989: 118).

Taruga

EST. N° V



Taruga

cola peluda, color marrón acaramelado. La creencia popular dice que sacan la sangre de los cuyes y los matan (*BDFP*, 72). Morínigo recoge *paca* en la región rioplatense, atribuyéndole un étimo guaraní (*DEA*, 488), que resulta al menos incierto. Tal vez se pueda explicar desde el quechua *pacu*, ‘rojizo’, o mejor de *pacay* ‘esconder’, con sufijo nominalizador. El *Diccionario académico*, de todos modos, da la razón a Morínigo. Tal vez podría ser un caso similar (incluso vinculado al de *pecarí*) de préstamo cultural. La presencia de dos términos indicaría que una vez que el primer término se hizo opaco (*pacrán*), se volvió a designar el animal con el otro, de carácter descriptivo (*alpachala*), que finalmente será sustituido por el nombre andino más general, también de origen quechua, aunque al fin derivado con un diminutivo castellano “diferenciador” (*chucurillo*).

Un término de particular interés es *cahapticuru*: “El Cahapticuru, que traducido del idioma Índico al Castellano, significa *animal entre espinas*, se cría en las Quebradas calientes” (264: 182). En efecto, se trata de una especie de puercoespín, y sus espinas son “sus armas ofensivas”, pues “las arroja a cinco y seis varas, con tal violencia y repetición, que cuando no maten, hieren, detienen al enemigo”, y al mismo tiempo se parece al armadillo, pues “tiene el de este País una Concha pequeña de hueso, y muy blanca, cuya dureza es tan grande, que se necesita mucho esfuerzo para romperla” (264: 182). La denominación podría ser quechua norteño o yungay (que hoy se conoce como quechua de Cajamarca- Cañaris), donde *kasha* es ‘espina’ (Quesada, 1976), porque en dialecto sureño ‘espina’ es *kiska* (Cerrón-Palomino, 1994), y muestra el locativo *-pi* propio del quechua yungay septentrional y del quechua ecuatoriano, entre otros (Cerrón-Palomino: 1987: 207).³² Del quechua general proviene *churu*, ‘caracol’, ‘gusano’, que se ha incorporado al español andino y amazónico para denominar diversos moluscos, desde el tan limeño *choro*, o la concha de los mismos (*Dper*, 203; *VP*, 96; *VOP*, 84).³³ Sin embargo, en la región amazónica *picuru* es otro nombre del *majaz* o *aguti* (*VOP*, 24). Podría

32. En el dialecto quechua de Cajamarca-Cañaris *kuru* puede significar ‘gusano’ y ‘serpiente’, y *kururakuy* quiere decir ‘arrollarse en forma de ovillo o pelota’. (*DQCC*, 43).

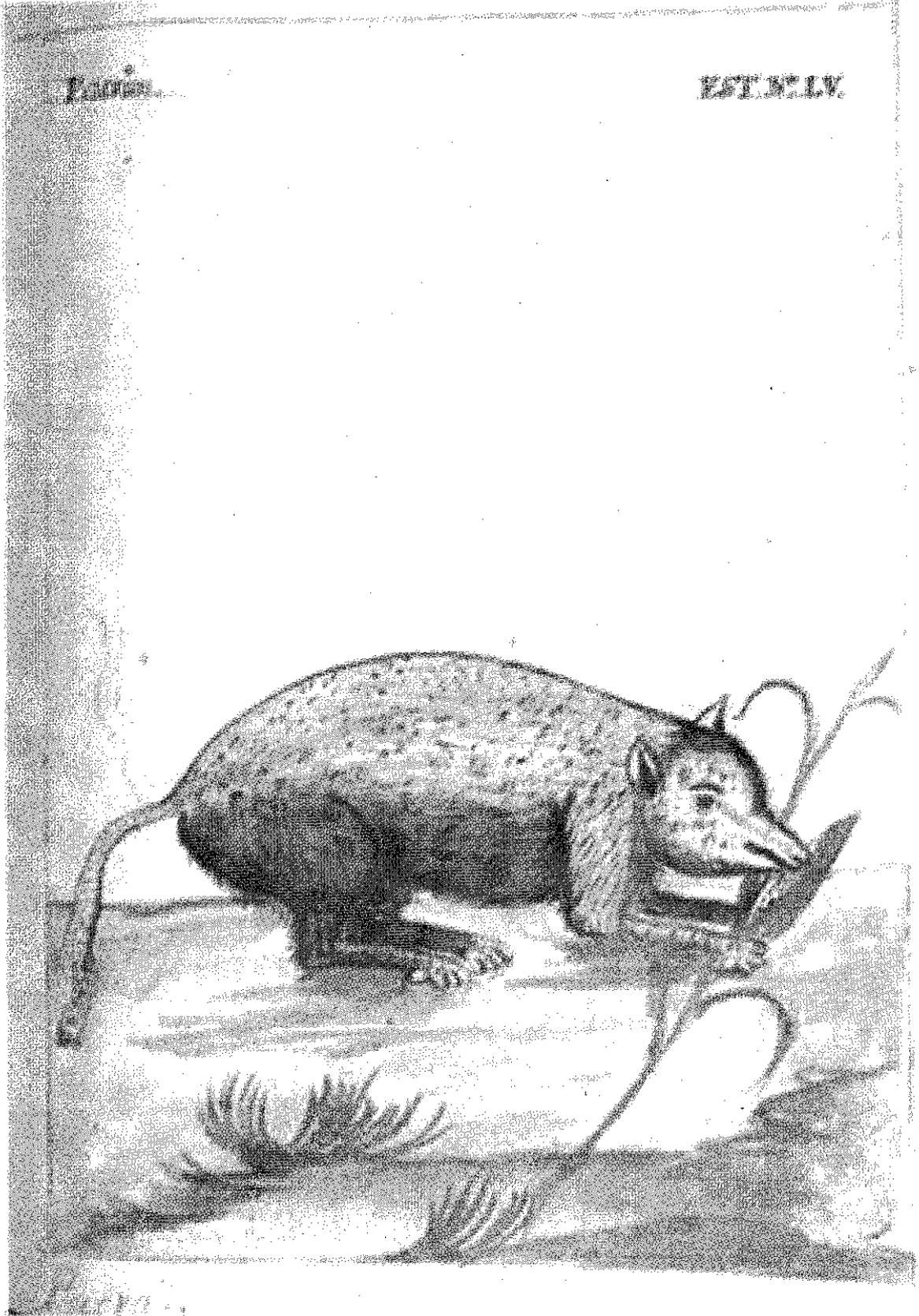
33. En el léxico regional se recogen *churo* ‘rulo’ y *churito* ‘caracol’ (*BDFP*, 74 y 178), además de *churuco* ‘poto grande’ (*DP*, 81), y *piruro* ‘elemento ornamental de la orfebrería cataquense en forma de botón’ (*BDFP*, 178). También *curucho* ‘calato’ (*BDFP*, 89; *VP*, 117) o ‘corto’ (*DP*, 62).

interpretarse entonces *cashapicuru* como “roedor con espinas”, en concordancia con la traducción de Lecuanda. En las acuarelas de Martínez Compañón lo encontramos como *cashapicuru*, sin la aspiración de la sibilante, que Cerrón-Palomino determina como un rasgo de los dialectos quechuas de la sierra central y de la zona de Ancash, con alguna influencia en el dialecto de Ferreñafe, que normalmente preserva */s/. (1987: 174-175). Aunque los topónimos con velar llegan hasta Cajamarca y Cajabamba, son mucho más frecuentes los que presentan sibilante: Cashapampa (Ancash), Cashapata (Pataz y también en Azuay, Ecuador), Cashaloma y Casamachay (en Ecuador), etc. Así, creemos que la forma *cashapicuru* que recoge Lecuanda, si no fue error de imprenta o del propio Lecuanda, no debió haber tenido tanta difusión como la primitiva. El término actual, aunque muy poco usado, *cashapululo* ‘erizo’, según registra Esteban Puig (BDFP, 58), parece provenir del étimo también quechua *ruru*, ‘grano’, ‘semilla’³⁴ que se podría traducir por ‘esfera con espinas’. Sería una recomposición léxica casi equivalente. En la región amazónica, al puercoespín se le conoce como *cashacushillo* (Szyszlo, 1955: 343). Puig también recoge *cushiro*, ‘erizo, animal de monte’, término de etimología incierta (BDFP, 89).³⁵

En el número 265 del *Mercurio Peruano* dedica unas simpáticas páginas a los reptiles de la región, que me parecen particularmente importantes porque en la anterior descripción de la ciudad y partido de Trujillo concluyó que “nada tienen de particular o de admirable” y juzgó “inútil hablar de ellas”. En cambio, en Piura describe un buen número de especies, algunas de las cuales ya mencionamos: el *camaleón* (Lecuanda lo incluye entre los cuadrúpedos y no con los reptiles), el gusano *leñatero* y las serpientes

34. Así en González Holguín ([1608] 1989: 317). Agradezco al profesor Felipe Huayhua esta indicación personal. En quechua sureño existe *piruru* ‘trompo’. En quechua ecuatoriano *piruru* es ‘tortero, para el huso de hilar (Cordero 2005: 85). En el de Cajamarca-Cañaris también es ‘contrapeso de piedra que se coloca en el huso’ (DQCC, 73).

35. En su descripción de Trujillo, se registra el quechuismo *muca*, un tipo de marsupial “conocido por el nombre de *Muca*”, que se describe como “especie de conejo, aun que (sic) de color diferente, orejas menores y sin cola” (*Mercurio Peruano*, 249, 23-V-1793, 55 y 56). El término con el que se conoce en Piura actualmente es *guanchaco* (EP, 268), aunque no lo recogen Puig ni Arámbulo. Con este término se conocen, en otras regiones, dos especies de aves.



Pacran

EST. 1914

Pacran



coral y *boba*. Reginaldo de Lizárraga ya había advertido que en la ciudad de Piura “la tierra produce muchas sabandijas sucias, y entre ellas víboras, culebras y arañas” (1968: 10). Menciona primero el *pacaso*, cuya grasa parece tener propiedades medicinales: “El Pacaso es muy parecido a la Iguana en sus propiedades y algo en su figura” (265: 183; *EP*, 170; *T*, 26; *BDFP*, 164; *DP*, 207; *VP*, 213; *pacazo* en *DPer*, 380). Es término de etimología incierta, también común del Oriente (*VOP*, 148).

Entre las serpientes menciona el *cumbilulo*: “los más notables son las Vivoras llamadas *Cumbilulo* ó *Coral*, de colores vivas que arrebatan la vista: son en extremo venenosas” (265: 184). El término indígena parece haber desaparecido, desplazado por el castellano, y solamente lo recoge Josefina Ramos (*T*, 26). Brack registra dos variedades de *coralillos* (*Micrururs mertensi* y *M. tschudii*), lo que podría haber motivado la duplicidad de términos. El origen de *cumbilulo* es desconocido. Podría provenir también de *ruru* ‘grano’, ‘semilla’ en una composición similar a la anterior.

Otra serpiente con etimología desconocida: “La conocida por *Rafad* es tan ágil y de veneno tan fuerte, que hace más violento el estrago”, no aparece en ningún repertorio. Tal vez podría explicarse como nominalización del adjetivo castellano (arcaico ya en esa época) *rafez*, ‘vil, bajo, despreciable, de poco valor’. Parecería tener relación con *rafari* ‘ofidio de piel plumiza y con la cabeza achatada como la rana’, que se registra en el Oriente (*VP*, 253).

“La más particular Culebra que se halla en estos Países (sigue Lecuanda), es la llamada *Colambo*: su cuerpo es tan grueso como largo” (265: 184), afirmación difícil de creer si damos fe a quienes le asignan una longitud de hasta tres metros. Esta culebra inofensiva y casi doméstica (Puig menciona que “limpia las chacras de alimañas y sabandijas”) es una especie de boa, al parecer también conocida en el oriente del país (*T*, 26; *VOP*, 66; *BDFP*, 77; *DP*, 51; *DPer.*, 140; *VP*, 101), aunque Szyszlo la menciona solo como propia de Tumbes (1955: 108). Martha Hildebrandt menciona que en la región estaba “casi extinguida” para 1949 (*EP*, 267), aunque Antonio Brack todavía menciona dos subespecies de colambo (1988: 108).

“Hay otras venenosas, sigue Lecuanda, que llaman *macanches*, grandes de dos varas de largo y de unas pintas coloradas, amarillas y verdes” (265: 185). Es la serpiente venenosa más común (*Bothrops barnetti*), según

Brack (1988: 108). Parece coincidencia su similitud con el dialectalismo peninsular *macanche* ‘delicado de salud’, que el *Diccionario* académico consigna en la provincia de Salamanca. La nuestra aparece en *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría (1997: 103): “Una vez me encontraba por Piura en sitio onde había mucha víbora macanche”. También en *Taita Yoveraqué* de Vegas Seminario: “Y allá el algarrobo viejo, en donde encontramos un macanche con tamaña cabeza y lo matamos a palos” (1956: 138). Presenta variabilidad en su género, sin que los repertorios den una solución al respecto. El término es empleado también, según Ugarte Chamorro, en el Oriente peruano y su étimo es también desconocido (*EP*, 269; *BDFP*, 138; *DP*, 168; *VP*, 101).³⁶

Finalmente menciona Lecuanda el conocido antillanismo *caimán* (“los lagartos, a que llaman Caimanes” (265: 200)), en referencia al *cocodrilo de Tumbes*. Este animal, que ahora está en grave peligro de extinción, llamó mucho la atención a los cronistas, por su abundancia y porque “cuando están cebados y encarnizados en carne humana son muy dañosos”, aunque “no pasan del gran río de Motape adelante”, dice el dominico Lizárraga (1968: 8). El propio Lecuanda pondera su abundancia “particularmente en el de la Chira” y sus cualidades: “Es muy forzulento en agua y tierra, traicionero, atrevido y astuto” (265: 200).³⁷

Pasemos ahora a revisar los nombres indígenas de las aves. Piura es una región con más de un centenar de especies de aves, muchas de ellas endémicas, por lo que no es extraño que nuestro corpus presente aquí muchas peculiaridades. Pero López, que recorrió estas tierras entre 1540 y 1570, apenas menciona, respecto a los indios *yungas*: “Tienen patos y algunas gallinas de la tierra”, y “solían antiguamente criar perros para comer porque otro ganado no lo hay ni lo puede haber” (1970: 42).

El pájaro carpintero “en idioma índico es conocido por el *cargach*” (265: 185), dice Lecuanda, sin que podamos saber a qué idioma se refiere. El término

36. Resulta aventurado relacionar *macanche* con el quechua *maki* ‘mano’ o *makinchani* ‘golpear en la mano’.

37. Son muy conocidos hoy los términos *cololo* (onomatopéyico según Hildebrandt) que designa al sapo (*EP*, 271; *BDFP*, 78; *DP*, 52; *VP*, 102) y *jañape* ‘lagartija nocturna’ (*EP*, 271, *BDFP*, 127; *DP*, 144; *VP*, 171). Puig registra además *gautupilla*, culebra identificada por ‘un anillo de color amarillo alrededor del cuello’ (*BDFP*, 110).

parece de origen amazónico, pues Enrique Tovar lo registra en la forma *cárgosh* como denominación indígena.³⁸

A continuación menciona “unas pabas llamadas *Arunchas* y *Pihas* cuya carne es de exquisito gusto” (265: 185). Brack señala dos especies endémicas: *chachalaca* y *pava de ala blanca*, ésta última en peligro de extinción, sin mencionar los anteriores (1988: 104). Son términos de origen desconocido que no aparecen en ningún repertorio, salvo el término *runza* o *gunza* ‘pava de monte con cresta’ que recoge Puig (*BDFP*, 194), donde observamos aféresis por deglutinación del artículo.³⁹

Americanismo conocido es *paují*, ave tropical que “tiene muchísima semejanza con el Pabo” (265: 185). El diccionario académico, además de describir: “cuerpo robusto, cola larga y cresta de plumas eréctiles hacia delante, coloración negro lustroso con abdomen blanco”, señala que *paují*, y la variante *paujil* son voces onomatopéyicas de los países tropicales de América. Ugarte Chamorro piensa que los nombres de esta elegante gallinácea, muy amenazada porque es comestible, provienen del quechua, extremo que no descartamos (*VP*, 225), aunque parece más probable que tenga otro origen y haya pasado del castellano al quechua (*pawkil* en dialecto cuzqueño, *pawhil* en los demás). Se registra en varias crónicas, como en la de Toribio de Ortiguera: “Hay muchas pavas y paujies y patos” (Pérez-Salazar, 1990: 39). Santamaría pensaba que podía derivar del chaima *pauxi*, atribuyéndole un origen mejicano. Álvarez Vita recoge *paujía* y *paujil* (*DPer*, 402). En el léxico regional contemporáneo, aparece *pajuilo* ‘ave de corral con el pescuezo desplumado’ según Puig (*BDFP*, 165), ‘Ave, generalmente gallo o gallina de determinada raza que tienen el cuello desplumado y rojo’, según Arámbulo (*DP*, 210). Evidentemente se trata del mismo animal, y el término puede haberse transformado por etimología popular por la influencia de *paja* (o, al contrario).⁴⁰

38. Sería arriesgado vincularlo con *karka* ‘guano’, término del quechua ancashino, del juninense y del ayacuchano.

39. Es poco probable que tenga relación con *ronsapa* ‘abejorro’, término propio de la Amazonía (*VP*, 264; *Dper*, 470). Podría tenerla con los vocablos regionales *urranza* o *urrunza* ‘zorro’, que recogen Puig y Arámbulo (*BDFP*, 224; *DP*, 283).

40. Se consignan en el *Diccionario* académico las formas *pajuil*, *pajuila* y *pajuilla* para designar este mismo animal en Honduras, Salvador y Costa Rica, lo que apoyaría un origen no quechua del término.

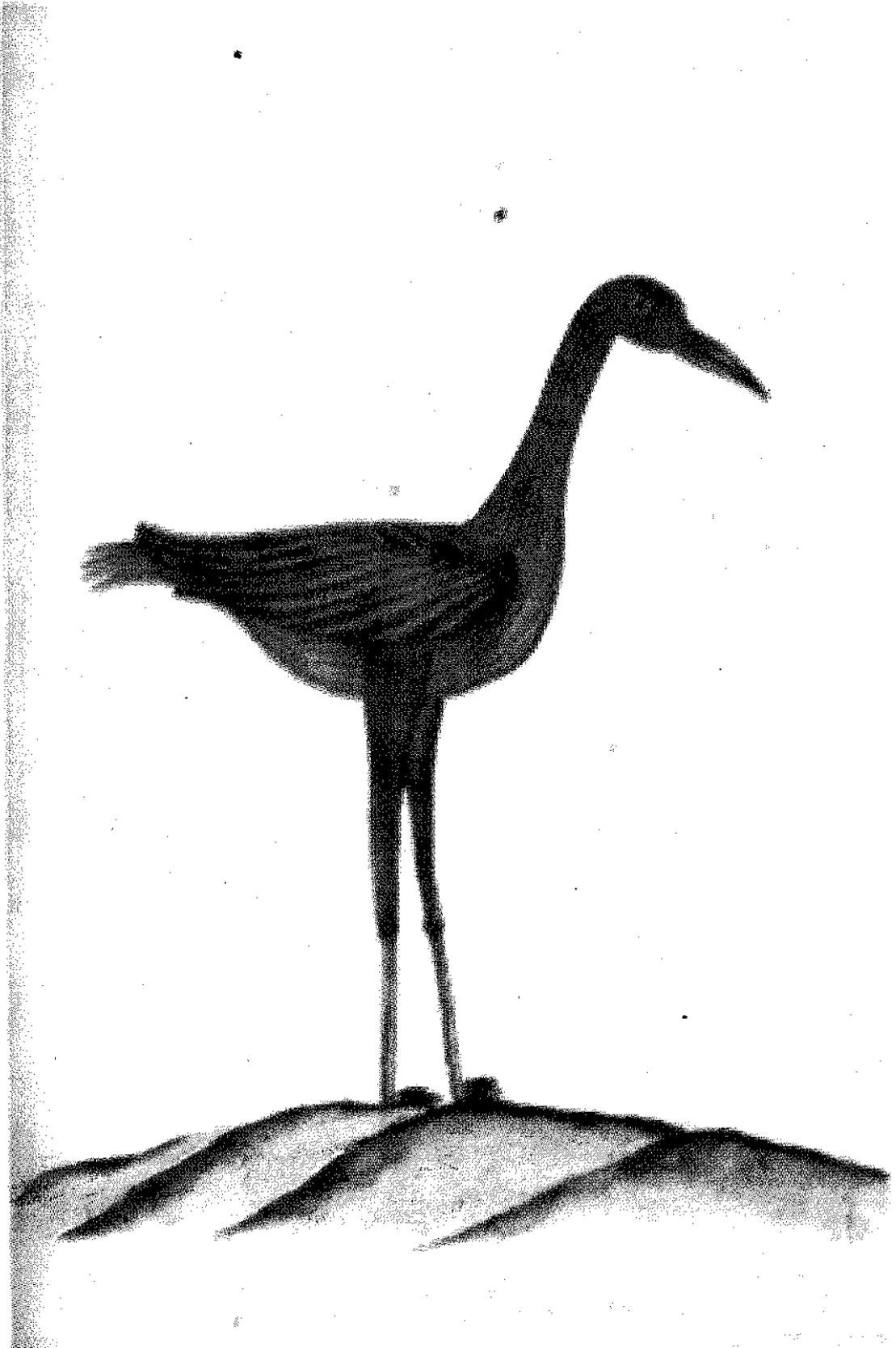
Por otra parte, el nombre *huerequeque* que Lecuanda escribe *güerequeque* (*Burhinus superciliaris*), sin duda tiene origen onomatopéyico: “le viene su nombre de que cuando grita o canta se le percibe la voz, que dice *güerequeque*”. Es una especie de avefría, corredora de hábitos nocturnos, muy típica de los algarrobales, sobradamente conocida, aunque no resulta hoy tan fácil de encontrar: “lo domestican en las casas, dice Lecuanda, por la utilidad que en él tienen de limpiar los insectos, culebras, cucarachas”, y su descripción es inconfundible: “sus piernas son muy largas y delgadas” (265: 186; *güerequeque* en DPP, 227; EP, 271; T, 26; *huerequeque* en BDFP, 123; *güerequeque* y *huerequeque* en DP, 123; DEA, 304).

También es onomatopéyico, según Lecuanda, el nombre del *quinquin* (T, 26: *quinquen* en Ayabaca) o *chiroque* (*Icterus graceannae*; conocida hoy en día como *chiroca*, EP, 268; T, 26; BDFP, 71; DP, 76). Es un ave canora de color amarillo y alas negras, fácil de domesticar. Por último, el *cóndor* no necesita explicaciones. Lecuanda dice que sus plumas servían entonces para escribir y su estatura “es casi igual a la de una Grulla (sic).” (265:192, DDP, 139). Hasta el día de hoy anida en la zona.

Abundan en la región las palomas (Brack distingue cinco especies diferentes), “que llaman sus naturales *cuculíes*”, señala Lecuanda (265:193). Es término mochica (DM, 4), aunque no se descarta un origen onomatopéyico: “cuando cantan dan regularmente tres golpes seguidos, pronunciando esta voz”, dice Lecuanda, razón por la que suele domesticarse “porque es gracioso su canto” (165: 193). Esteban Puig recoge *cucula* ‘paloma torcaz’ (BDFP, 84), y también Arámbulo, quien explica “Se le llama también *cuculí*, por lo onomatopéyico de su canto” (DP, 58). Martha Hildebrandt había recogido ambas formas como onomatopéyicas (EP, 271).

Llama *papagayos* a una especie de loros “de vivos colores” y a los pericos típicos de la región: “menores de color verde solo o con una manchita amarilla baxa o pagixa (sic) en la cabeza” (265: 193). Seguramente se refiere al perico esmeralda (*Forpus coelestis*), aunque en Piura existen cuatro especies distintas de este orden.

Cierto interés tienen los nombres de la *soña* (*Mimus longicaudatus*): “El pájaro llamado *Chisco* por un nombre, *Corregidor* por otro y *Zoña* en Piura, es de color ceniciento”. Ave muy domesticable, de color gris y “canto melodioso”, que presenta tres subespecies en la zona. Arámbulo recoge



Huerequeque



los nombres autóctonos (*DP*, 76 y 262), mientras que Esteban Puig también menciona el término *regidor* (*BDFP*, 190), señalando que *chisco* es palabra mochica, tal la recoge Middendorf aunque éste la refiera al tordo (*BDFP*, 71; *DM*, 7). El término más común en la zona es *soña* (*T*, 26; *EP*, 270; *BDFP*, 207) con variante gráfica *zoña* (*BDFP*, 233). Hildebrandt recoge también el sinónimo *chauco* (*EP*, 270).⁴¹

Un término hoy desconocido es *piche*, pájaro de color marrón y encarnado, “muy apreciado por su canto” (266: 194; *T*, 26). El término hoy es prácticamente desconocido en la zona.⁴² El *DRAE* lo recoge como mejicanismo de origen maya que designa un ave palmípeda, pero ya lo recoge González Holguín: “Ppichiu. Todo paxaro y laniña del ojo. Ppichiu llullana. La añagaça para tomar paxaros, y Pisccu o pichiu. El paxaro, o toda ave” ([1608] 1989: 284 y 187). No sería necesario pensar en una falsa regresión del castellano *pichón*.⁴³ En las acuarelas de Martínez Compañón aparece como *picha*.

41. Existen nombres de aves no consignadas por Lecuanda. Puig registra las aves *bichauche* ‘gorrión’, *cachul* y *chiroca* ‘ave de color amarillo’, *cumán*, *pilco* y *shulín* ‘jilguero’ (*BDFP*, 45, 85, 71, 177 y 204), y Martha Hildebrant recoge *guarasingo* y *surumbela*, además de varias denominaciones del gallinazo: *bilinguy*, *guayiganga*, *güisco*, *marota* o *guaraguáo* (*EP*, 269 y 270). En Puig y Arámbulo, sin embargo se consigna más adecuadamente *guaraguau* como ‘gavilán’ (*BDFP*, 112, *DP*, 121). Es término antillano. Son onomatoéyicos los nombres del *guacabo* (*BDFP*, 111) y del *guicucú* (*BDFP*, 116; *DP*, 124).

42. Esteban Puig recoge *picho* “chiquillo vivaracho” (*BDFP*, 177). Edmundo Arámbulo lo registra en Huancabamba (*DP*, 221).

43. Lecuanda recoge otros nombres de pájaros. En su descripción de Trujillo registra la voz quechua *camanay* (*Mercurio Peruano*, 249, 23-V-1793, 60). En la descripción de Lambayeque menciona el *toropisco* “de figura extraordinaria”, color negro y copete de plumas y pico azul, cuyo canto asemeja a un toro, según Lecuanda, aunque tal vez se lo atribuya por etimología popular, porque puede ser quechua: *turu*, ‘barro’ y *picchu* ‘pájaro’. Claro quechuismo es *sumapischo*: “En lengua quichua le conocen por este nombre, que equivale en castellano a Pájaro hermoso (sic)” (de *sumaq* ‘hermoso’ y *picchu* ‘pájaro’. También registra *piccho*, en Jaén y Chachapoyas, donde designa un ave de colores brillantes con plumas rojas en la cabeza, *tatau*, *suysuy*, *picasar*, y *vicsilin* o *quende*, que son nombres indígenas del picaflor o colibrí del que “se dice que resucita” (*quinde* en Puig y Arámbulo Palacios), y el quechuismo *yayay-mamay* que “traducido a nuestro idioma castellano significa Padre mío-Madre mía como quando un niño llama a sus padres” (*Mercurio Peruano*, 286, 29-IX-1793: 63 y 65).

Hay varias denominaciones de abejas, todas de origen incierto: las *chucarumbas* (266: 194) viven en los árboles y dan una cera amarilla⁴⁴ y las *murrucuyes* (266: 195) viven en las paredes y su picadura “causa mucho dolor” (quizás del quechua *muru*, ‘moteado, manchado’). En la Amazonía se registra *morocuje* que Tovar define: “abeja negra que, en apariencia, carece de aguijón” (*VOP*, 138; repite *VP*, 201). Aparece en los repertorios *churumbo*, pero en Puig significa libélula (*BDFP*, 74) y en Arámbulo ‘langosta’ (*DP*, 81).

Otras subespecies, cuya cera, dice Lecuanda, “es mejor y se blanquea con mayor facilidad, haciéndose de todas las clases un comercio abundante” (266: 195) son mencionadas con los términos *hergonas*, *tachungas* y *nimbuchez* (265: 194-195). En Martínez Compañón se mencionan *ergón* y *tachunguna*. Esteban Puig recoge el término de abeja *ergona*, que produce miel de palo (*BDFP*, 102). Es común también en el Oriente, en las regiones del río Marañón, donde aparece en masculino *ergón* ‘abeja negra que carece de aguijón’, según Ugarte Chamorro (*VP*, 136). Los demás términos no aparecen en ningún repertorio. Todos parecen de origen incierto.⁴⁵

Con respecto a los nombres de pescados no hay duda de la predominancia de los términos patrimoniales, pues Lecuanda menciona muy pocos indigenismos. Uno de ellos sería *bagre* (en el texto *vagre*) es americanismo general ‘pez sin escamas’ (265: 201). Lenz le supone un origen antillano pero Corominas afirma que procede del catalán (*DEA*, 67).

-
44. Tal vez sea voz quechua. González Holguín registra: “*Chucu*. Bonete, o sombreros antiguos”, y “*Rumppu*, *rumppu*. Cosa rolliza redonda.” ([1608] 1989: 118 y 320). Es menos probable que tenga relación con *chukaru* ‘salvaje, hurafío’ (*DQCC*, 74). Difícil que se vincule con el mochica *chuka* ‘pulga’ (*DM*, 8)
45. Esteban Puig recoge además el término *alicuy*, ‘animalito largo y negro que vive en el agua emponzoñada’ (*BDFP*, 31). Ugarte Chamorro consigna el animalejo como *alicuya*, en Ancash (*VP*, 24). Puig también recoge *culata*, ‘avispa agresora cuya aguijón produce fiebre alta’ (*BDFP*, 85), *pulula* ‘avispa de color negro con amarillo’, *pichilingüe* ‘abeja de campo que elabora cera negra’ (*BDFP*, 177) y *puluche* ‘gusano que daña las plantas, en concreto, a los tubérculos’ (*BDFP*, 183), además de *tuluy* ‘tarántula de color negro y venenosa’ (*BDFP*, 221). Arámbulo recoge *pichilingüe* (*DP*, 221), *puluche* (*DP*, 231) y *alpargate*, ‘abeja’ (*DP*, 12). Martha Hildebrandt había registrado *pichilinga* pero en la acepción de ‘hormiga pequeña cuya picadura es muy dolorosa’, además de *satiguay*, ‘especie de avispa pequeña’ (*EP*, 270).

Lecuanda lo ubica en la costas cerca del agua dulce, pero ahora Arámbulo lo da como pez de río (DP, 25). Otro es *churucutula*, que “no tiene escama, sólo sí una piel muy dura” (266: 196). Es de origen incierto (tal vez del quechua *churu*, ‘caracol, gusano’). Guarda algún interés el término, más transparente, *rumichuna* “en castellano quiere decir cabeza dura”, dice Lecuanda, y explica: “tiene dos piedras en la cabeza de grande utilidad para curar el mal de orina” (266: 198). En efecto se trata de un compuesto quechua: *rumi* ‘piedra y *uma* ‘cabeza’.⁴⁶ Origen incierto, por fin, tienen *pumalan* (265: 199) y *cascafe* (265: 201).⁴⁷ No se recogen en ningún repertorio lexicográfico.⁴⁸

6. Conclusiones

Lecuanda termina su estudio con una observación que pone de manifiesto su extrañeza ante las peculiaridades naturales de la región: “no se conocen los barbos, las truchas, las anguilas y otros peces que son comunes en los ríos de la península” (265: 201). Se muestra consciente, pues, de que el norte peruano configura un espacio geográfico de riqueza y variedad extraordinarias. Esa misma variedad natural explica la presencia de las peculiaridades léxicas que hemos querido poner de relieve en este trabajo.

Lecuanda no es ningún lexicógrafo ni pretende serlo. Le interesa describir animales que puedan aportar algún beneficio a la economía local, y su curiosidad ilustrada le lleva a hablar de los animales más raros, admirables y menos conocidos (desde su punto de vista eurocéntrico, por supuesto). Además, parte de información indirecta en muchos casos, de las observaciones del obispo Martínez Compañón fundamentalmente, al que llama “sabio especulativo” (249: 58), y de testigos “que son hombres de verdad y recto

46. En el oriente peruano se registra *rumi-uma* (VOP, 176). Es muy común el quechuismo *umas* o *uma*, de género masculino, ‘mate de calabaza, en especial el que se usa como cucharón para enfriar la chicha’. Puig erróneamente le asigna un origen tallán y Arámbulo lo consigna en la forma *umás* (EP, 270; BDFP, 224; DP, 283).

47. En la descripción de Lambayeque, Lecuanda menciona un pez llamado *cascafe*, lo que puede indicar una confusión en las grafías por parte de Lecuanda o por parte del impresor (29-IX-1793, 286: 68).

48. En el léxico regional es común el término *cachema* (EP, 267; BDFP, 49; DP, 37; VP, 56). Álvarez Vita lo considera propio de la costa central (Dper, 96).

manejo” (249: 57). Pero no desdeñamos el valor de su experiencia personal, como “Ministro en estas Caxas de Ral Hacienda” (269: 219), que le ponía en estrecho contacto con la economía local y la vida cotidiana de sus habitantes.

A pesar de que son mayoría las coincidencias, como no podía ser menos, llaman la atención algunas variantes de la descripción de Lecuanda con respecto a las acuarelas de Martínez Compañón que le son casi contemporáneas.⁴⁹ Ya mencionamos la variante *cahapicuru*, que en la acuarela se menciona como *cashapicuru*. Otras variantes son *haugana*, que en la acuarela aparece como *huangana*; *aruncha*, que en la colección del obispo se denomina *pava arunche*; y *quinquin* que el acuarelista escribe *quienquien*. No hay duda que en *haugana* descubre un error de Lecuanda o del impresor del *Mercurio*, mientras que en ese *quienquien* el acuarelista puede que se tomara la libertad de interpretar la onomatopeya a su gusto. Lecuanda no menciona el nombre de la perdiz *ulluctuyu* que registra Martínez Compañón, ni otras muchas especies, por lo que la colección de acuarelas resulta más completa que la descripción de Lecuanda en muchos casos. Pero tampoco el obispo hace mención de otros como *cargach*, que registra nuestro funcionario. Por eso ambas fuentes son, como observó Juan Antonio Frago (1999), complementarias.

La etimología de muchos términos es incierta, como en los casos de *pacazo*, *macanche*, *colambo*, *cargach*, *soña*, *ergona*... Es muy probable que tengan un origen tallán o guayacundo, como lo indicaba Josefina Ramos, pero en todo caso resulta indemostrable y muy riesgoso pretender, con éstos y otros elementos léxicos, el establecimiento de un “vocabulario tallán”, en razón al complejo “mosaico de lenguas” que existía en la zona antes de la llegada de los españoles y aún más antes de la expansión inca (por ejemplo, *chisco*, *cuculí* y quizás algún otro podrían ser términos mochicas). Más bien se demuestra la abundancia de quechuismos por encima de los términos presumiblemente tallanes y, por demás, el predominio de americanismos de origen castellano.

49. Con anterioridad, Cosme Bueno había descrito muy someramente las actividades económicas y los principales accidentes geográficos de la provincia de Piura, donde menciona la abundancia “de un árbol llamado Algarrobo, de que hay bosques espesos donde se crían muchos animales feroces”, y también que “en las playas del contorno se coge gran cantidad de Tollo, que es el Bacalao común del Perú y Quito” (1951, 55).

Algunos casos manifiestan un periodo de bilingüismo o incluso trilingüismo: el *pacran* que se conocía como *alpachala*, las *tarugas* o *venados* y la serpiente *cumbilulo* o *coral*, o la *soña* que recibió los nombres de *chisco* y de *corregidor*.

La llamativa presencia de quechuismos formados por composición (los únicos términos que consigue traducir “de la lengua índica al idioma castellano”), está indicando, en primer lugar, que esta lengua era “alienígena” en este espacio, pues carecía de términos propios para designar esos animales y acudía a la composición: *alpachala*, *cashapicuru*, *rumichuna*, etc. Son términos descriptivos que muestran haber sufrido, en varios casos, diversas transformaciones fonéticas o sustituciones léxicas (como en el caso de *pacrán*, *alpachala* y *chucurillo*). Evidentemente estas creaciones léxicas serían posteriores. El término *alpachala* al menos, es de época virreinal.

En el caso de *cashapicuru*, además, no se trata de quechua cuzqueño sino del quechua norteño lo que indica la variedad que se extendió en esta región (yungay septentrional, según Cerrón-Palomino (1987: 237)), quizás antes de la expansión inca (Cerrón-Palomino, 1987: 342 y 344). Es evidente que algunos términos descriptivos quechuas, como *cashapicuru* ‘erizo’, vienen a designar aquí cosas que ya tenían nombre en la variedad sureña de esa lengua: “*Ascancuy*. ‘Gusano peludo espinoso’; *Erizo*. ‘Ascancuy’.” en González Holguín ([1608] 1989: 35 y 511).

Muchos de estos términos quechuas (salvo *taruga* y *huangana*) no se registran en ningún diccionario. Son localismos que aparecen con la forma que tenían en el siglo XVIII, lo que puede arrojar luces sobre la expansión histórica y la evolución lingüística de esta lengua. Sus modificaciones o sustituciones aportan datos materiales de interés para los quechuistas.

En verdad, muchos términos hoy no se recogen en ningún repertorio lo que puede indicar o bien que las especies se extinguieron completamente o bien que han cambiado su denominación, hecho que se manifiesta por ejemplo, en el actual *chucurillo* que parece ser el *pacrán* o *alpachala* del que hablaba Lecuanda. *Lucerna*, *leñatero*,⁵⁰ *avisador*, *pico gordo*, *cargach*, *murrucuy*, *predicado*, *boba*, *preñadilla*... tampoco salen en los

50. Arona registra que en el Perú se decía *leñatero* por *leñador*, sin referirse al animalejo (1974: 160)

diccionarios consultados, aunque éstos a veces olvidan consignar términos perfectamente vigentes, como el pez *perico* que se vende en los mercados de Paita o de Piura, por lo que deben ser utilizados con ciertas precauciones.

Piura es una región en la que abundan las especies endémicas y no pocas se hallan ahora en peligro de extinción, sobre todo aves y especies marinas. Quizás dentro de doscientos años muchos términos todavía vivos resulten también desconocidos.

Por otra parte, Lecuanda no menciona términos de amplia difusión actual, generalmente consignados por los repertorios actuales: *jañape* ‘pequeño reptil nocturno’, *chuquiaco* ‘zorzal’ (probablemente del quechua *chuqui*, ‘lanza’), que pudo evolucionar (con refuerzo onomatopéyico) a *choqueco*, nombre con que se denomina un tipo de ave color plomo muy común; *chilalo* (también llamado *hornero*), *chigüisa*, *chiclón* (o *guardacaballos*), etc. En algún caso es posible reconocer que se refiere a ellos con términos castellanos (los *chilalos* le parecieron quizás *perdices*). ¿Careció Lecuanda de la información suficiente o bien estos términos no eran conocidos entonces?⁵¹

Cuando el término subsiste hasta el día de hoy, interesa poner de relieve que se dan algunas variantes, *cashapicuru* ha sido sustituido por *cashapululo*, *aruncha* se ha transformado en *runza* o *gunza*, aféresis por deglutinación del artículo, y *cuculí* en *cucula*, probable moción de género con cambio acentual añadido.

En varios lugares, se manifiesta la intuición lingüística de Lecuanda así como su interés por el origen de las palabras, tan propios de su mentalidad ilustrada. No parece posible señalar la persona que había proporcionado las traducciones a nuestro autor. En fin, no siempre las equivalencias resultan acertadas.

Sobreentiende que “la lengua índica” es el quechua, aunque al inicio menciona la variedad de sus idiomas originarios. Ello se entiende porque los nombres presumiblemente tallanes (*pacazo*, *ergona*...) debían ser designativos y no descriptivos, por lo que resultaban opacos.

51. Este caso se vería reforzado si en verdad, como piensa Martha Hildebrandt, *chilalo* es voz onomatopéyica (EP, 271).

Por fin, no pocos términos, como *pacrán*, *cargach*, y *ergona*, muestran relaciones culturales con las regiones amazónicas, que el último caso se manifiesta en el mismo texto: “Las hay igualmente en Jaen y en la Montaña; pero no es tan abundante su beneficio por la desidia de sus naturales” (266: 195). Podrían deberse a contactos lingüísticos prehispánicos o a difusión léxica llevada a cabo en la época colonial.

Este rico vocabulario nos abre algunos interrogantes y, sobre todo, nos pone en contacto con una época de nuestra historia lingüística que, indudablemente, mostraba signos de haber llegado a una gran estabilidad y riqueza. Quizás nosotros, en nuestra moderna vida urbana, hemos perdido, con las palabras, una buena parte de ese amor a la naturaleza tan propio de Lecuanda y los ilustrados. Esa naturaleza tan asombrosa del norte peruano, escenario hoy de conflictos y luchas, pero todavía un lugar para encontrar juntos, siquiera después de doscientos años, un ansiado desarrollo económico y social en armonía con la defensa responsable del entorno natural.

Referencias Bibliográficas

- AGUADO, Pedro de (1916-17): *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*, Madrid, Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALEGRÍA, Ciro (1997): *El mundo es ancho y ajeno*. Alianza, Madrid.
- ALEZA IZQUIERDO, Milagros (1992): *Americanismos en la narrativa de J. M. Arguedas*. Universitat de Valencia, Valencia.
- ALVAR, Manuel (1970): *Americanismos en la “Historia” de Bernal Díaz del Castillo*. Anejo LXXXIX de la Revista de Filología Española, Centro Superior de Estudios Científicos, Madrid.
- ÁLVAREZ VITA, Juan (1990): *Diccionario de Peruanismos*, Librería Studium, Lima (abreviado *DPer*).
- ARÁMBULO PALACIOS, Edmundo (1995): *Diccionario de Piuranismos*. Piura, Gobierno Local de Piura (abreviado como *DP*).
- ARONA, Juan de (1974) [1883-84]: *Diccionario de Peruanismos*. Ed. Estuardo Núñez, Peisa, Lima (abreviado *DDP*).
- BRACK EGG, Antonio (1988): *La Fauna*, en la *Gran Enciclopedia del Perú. Naturaleza y hombre*. Juan Mejía Baca-Mafer, Lima.

- (1998): *Diccionario enciclopédico de plantas útiles del Perú*. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo y Centro de Estudios Andinos “Bartolomé de Las Casas”, Lima-Cuzco.
- BUENO, Cosme (1951): *Geografía del Perú virreinal. (Siglo XVIII)*. Ed. Daniel Valcárcel, Lima.
- CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo (1987): *Lingüística Quechua*. Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de Las Casas”, Cuzco.
- (1994): *Diccionario unificado de quechua sureño*. Ediciones de la Biblioteca Nacional, Lima.
- (1995): *La lengua de Naimlap (reconstrucción y obsolescencia del mochica)*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- (2005): “Las lenguas tallanes”. En Carlos Arrizabalaga (dir.), *Coloquios de lingüística*. Universidad de Piura, Piura, pp. 1-33.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro, (1986): *Crónica del Perú. Tercera parte*. PUCP, Lima.
- CLÉMENT, Jean-Pierre, (1997-98): *El Mercurio Peruano, 1790 - 1795 (Vol. I: Estudio, Vol. II: Antología)* Vervuert e Iberoamericana, Frankfurt y Madrid.
- CORDERO, Luis (2005): *Diccionario quichua - castellano y castellano - quichua*. Corporación Editora Nacional, Quito.
- ENGUITA, José María (1988): “Peculiaridades léxicas en la novela hispanoamericana actual (a propósito de *¿Quién mató a Palomino Moreno?* de Vargas Llosa”. En *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Arco-Libros, Madrid, Vol. I, pp. 785-806.
- ESPINOZA SORIANO, Waldemar, (1975): “Los mitmas huayacuntu en Quito o guarniciones para la prepresión armada, siglos XV y XVI”, *Revista del Museo Nacional*, XLI, pp. 351-394.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo (1959): *Historia general y natural de las Indias*, Ed. J. Pérez de Tudela, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.
- FRAGO GRACIA, Juan Antonio (1999): “América del Sur. Panorama documental”, en *Historia del español de América*. Gredos, Madrid, pp. 209-243.
- GONZÁLEZ HOLGUÍN, Diego (1989) [1608]: *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua qquichua o del inca*. UNMSM, Lima.
- GUITARTE, Guillermo, (1991): “Para una periodización de la historia del español de América”, en *Siete estudios sobre el español de América*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 167-184.

- HARE, Cecilia (1989): “Peruanismos sintácticos y léxicos a través de la investigación lingüística de *El cantar de Agapito Robles* de Manuel Scorza”. En César Hernández (coor.), *Actas del Congreso sobre el español de América*. Junta de Castilla y León, Valladolid, pp. 751-758.
- HILDEBRANDT, Martha (1949): “El español en Piura. Ensayo de dialectología peruana”. *Letras*, 43, Lima, pp. 256-272 (abreviado como EP).
- HOCQUENGHEM, Anne Marie (1990): *Los guayacundos de Caxas y la sierra piurana. Siglos XV y XVI*. Centro de Investigación y Promoción del Campesinado e Instituto Francés de Estudios Andinos, Piura-Lima.
- LAPESA, Rafael (1996): “El estudio del español americano”, en *El español moderno y contemporáneo. Estudios lingüísticos*, Crítica, Barcelona, pp. 268-304.
- LECUANDA, José Ignacio (1965) [1793], “Descripción geográfica del Partido de Piura, perteneciente a la Intendencia de Trujillo”, en *Mercurio Peruano*. 263-270. Biblioteca Nacional del Perú, Lima.
- LIZARRAGA, Fray Reginaldo de (1968) *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.
- LOPE BLANCH, Juan M. (1977): “Los indoamericanismos en el Tesoro de Covarrubias”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 39, pp. 257-260.
- MARTÍNEZ COMPAÑÓN, Baltasar Jaime (1985): *Trujillo del Perú en el siglo XVIII*. Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.
- MENDOZA PALACIOS, Rudy (1993): *Los incas y el quechua en Piura*. Universidad Nacional de Piura, Piura.
- MORÍNIGO, Marcos Augusto (1996): *Diccionario del español de América*. Anaya-Muchnick, Madrid (abreviado DEA).
- PÉREZ-SALAZAR RESANO, Carmela (1990): “La Jornada del río Marañón” de Toribio de Ortiguera”. En *Acta Columbina* 8, pp. 27-49.
- PUIG, Esteban (1995): *Breve diccionario folclórico piurano*. Universidad de Piura, Piura (abreviado como BDFP).
- QUESADA, Félix (1976): *Diccionario quechua Cajamarca-Cañaris*. Ministerio de Educación e Instituto de Estudios Peruanos, Lima (abreviado como DQCC).
- RAMOS DE COX, Josefina (1958): “Tallán”, en *Mercurio Peruano. Revista de Humanidades*, 369, pp. 18-34 (abreviado como T).
- (1959): *Las lenguas de la región tallanca*. Cuaderno de estudio 3. Instituto de Investigaciones Históricas de la PUCP, Lima, pp. 11-55.

- RIVET, Paul, (1949): "Las lenguas de l'ancienne diocèse de Trujillo", *Journal de la Société de Americanistes*, Paris, 38, pp. 1-51.
- ROJAS, Íbico, L. MINAYA, A. MENDOZA, y L. MIRANDA, L. (1974): *El castellano hablado en Piura*. Mimeo, Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación, Lima.
- SALAS, José Antonio (2002): *Diccionario Mochica-Castellano, Castellano-Mochica*. Universidad San Martín de Porres, Lima.
- SALINAS DE LOYOLA, Juan de (1965) [1571]: "Relación de la ciudad de Sant Miguel de Piura", en JIMÉNEZ DE LA ESPADA, *Relaciones geográficas de Indias*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.
- SANTILLÁN, Hernando de (1968): "Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas." (1563), en F. ESTEVE BARBA (ed.), *Crónicas peruanas de interés indígena*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.
- SZYSZLO, Vitold de (1955): *La naturaleza en la América Ecuatorial*. Sanmartí, Lima.
- TORERO, Alfredo (1986): "Deslindes lingüísticos en la costa norte peruana", *Revista Andina*, 8, pp. 523-548.
- TOVAR, Antonio (1997): *Estudios de tipología lingüística*. Istmo, Madrid.
- TOVAR, Enrique (1966): *Vocabulario del Oriente Peruano*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima (abreviado *VOP*).
- UGARTE CHAMORRO, Miguel Ángel (1997): *Vocabulario de Peruanismos*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima (abreviado *VP*).
- VARGAS DURAND, Luis (2005): "Las papeletas lexicográficas de Pedro Benvenuto Murrieta", en C. Arrizabalaga (ed.), *Coloquios de lingüística*. Universidad de Piura, Piura, pp. 141-160.
- VEGAS SEMINARIO, Francisco (1956): *Taita Yoveraqué*. Juan Mejía Baca y P.L. Villanueva editores, Lima.
- ZÁRATE, Agustín de (1995) [1555]: *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- ZEVALLOS QUIÑONES, Jorge (1948): "Primitivas lenguas de la costa". *Revista del Museo Nacional*, 17, pp. 114-119.